

ATAQUE A LOS POBRES

Fotografías de niños africanos de ojos brillantes y sonrientes mujeres con saris adornan la página web del Banco Mundial. «Nuestro sueño es un mundo sin pobreza», proclama, prometiendo comprometer los «recursos financieros, el personal altamente cualificado y la amplia base de conocimientos» del Banco Mundial para dotar de poder a los pobres empleando estrategias tan irreprochables como la búsqueda de la igualdad étnica y de género, la sostenibilidad medioambiental, la educación primaria al alcance de todos y la propagación de la asistencia médica comunitaria. El desarrollo integrador, las «instituciones a favor de los pobres», y las iniciativas comunitarias son, todos ellos, objetivos invocados, las diferencias respetadas, y la desigualdad reprobada. «Los que formamos parte del Banco, explica el Presidente, James Wolfensohn, hemos convertido en nuestra misión luchar contra la pobreza con pasión y profesionalidad, situándola en el centro del trabajo que realizamos». «Los 4.800 millones de personas que, en último término, son nuestros clientes no se merecen menos». Verdaderamente, la insistencia del Banco Mundial en dichos objetivos elevados ha desencadenado olas de estupor entre los sectores más rígidos del FMI y del Tesoro estadounidense¹.

Sin embargo, una lectura de los Informes sobre el Desarrollo Mundial, buque insignia del Banco Mundial desde 1990, pone de relieve un programa muy diferente. Tras estos objetivos aparentemente progresistas se esconde un compromiso con un proyecto que una vez Marx describiera como «el enredo de todos los pueblos en la red del mercado mundial»; su objeto principal es poner en manos del capital un proletariado global explotable. Esto implica, desde luego, empujar a las personas más pobres entre la población mundial a convertirse en fuerza de trabajo, proporcionando servicios sanitarios y educación básica, y centrándose de manera especial en las mujeres jóvenes; algo que dota al proceso de un tinte emancipatorio. Sin embargo, buena parte de esta estrategia, cuya lógica central se ve traicionada, es negar a los pobres cualquier alternativa, y crear un ejército de reserva de trabajadores entre sectores cada vez más

¹ Véase Robert WADE, «Enfrentamiento en el Banco Mundial», NLR 7 (marzo-abril de 2001); y www.worldbank.org

amplios de la humanidad que cumplirán con las disciplinas de los mercados de trabajo capitalistas. Así pues, un análisis del programa que se desprende de los sucesivos Informes sobre el Desarrollo Mundial debe comenzar por el principio: con la acumulación primitiva.

Una revolución neoliberal

En los capítulos 26 y 32 de *El Capital*, volumen I, Marx esboza dos procesos relacionados: la «acumulación primitiva», por una parte, y la «acumulación capitalista», por otra. La primera –la «génesis histórica» del capital, su «punto de partida»– es definida como el proceso de «desposesión del productor de los medios de producción». La segunda –que implica, entre otras cosas, la concentración de capital y «el crecimiento del carácter internacional del régimen capitalista»– refleja un mundo en el que la propiedad privada «personalmente obtenida» ya ha sido suplantada por la «propiedad privada capitalista, que descansa sobre la explotación del trabajo ajeno pero formalmente libre». Se trata, en otras palabras, del proceso de proletarización que genera el modo de producción capitalista, al crear tanto el capital como a los trabajadores asalariados².

Todo tipo de obstáculos inhiben la tendencia del modo de producción capitalista a implantarse a escala mundial, y el proceso de «acumulación primitiva» descrito aquí está lejos de haberse completado. El rasgo definitorio del neoliberalismo global, no obstante, es que articula y aspira a implementar una estrategia que acelera el proceso de acumulación primitiva –o proletarización– y refuerza las leyes de la acumulación capitalista por todo el espacio ampliado de la economía de mercado. Presagia, por tanto, una revolución de las que hacen época³. En este contexto, la estrategia aparentemente progresista del Banco Mundial de combatir la pobreza, lejos de constituir un giro o un distanciamiento respecto a la revolución neoliberal, supone un medio de completarla.

² «Una vez que la producción capitalista marcha por sus propios pies, no sólo mantiene esa disociación sino que la reproduce a una escala cada vez mayor. El proceso que crea la relación capitalista no puede ser, pues, más que el proceso de separación entre el obrero y la propiedad de sus condiciones de trabajo, un proceso que, por un lado, transforma los medios sociales de subsistencia y de producción en capital, y por otro, convierte a los productores directos en obreros asalariados», Karl MARX, *El Capital*, vol. 1, Madrid, Akal, 2000, Libro I, tomo III, p. 199.

³ «En la historia de la acumulación originaria hacen época, desde el punto de vista histórico, todas las transformaciones radicales que sirven de palanca a la clase capitalista en formación; pero sobre todo los momentos en los que las grandes masas de hombres se ven despojadas repentina y violentamente de sus medios de subsistencia y lanzadas al mercado de trabajo en calidad de proletarios libres», *ibid.*, p. 200.

Manifiestos capitalistas

¿En qué consistiría un programa sistemático destinado a establecer y consolidar el capitalismo a escala global? Para empezar, emprendería la conversión de los pobres del mundo, privados de los medios de subsistencia y obligados a ofrecerse a los capitalistas para trabajar, en proletarios. Tras ello acrecentaría el ámbito de la producción privada de mercancías mediante la ampliación de los mercados, y el establecimiento de una matriz institucional en la que el intercambio capitalista pudiera florecer. Para asegurar la viabilidad del proyecto a largo plazo, se empeñaría en asegurar la preservación del medio ambiente en el que opera el capitalismo, limitando incluso la tendencia competitiva a destruirlo entre las propias fuerzas capitalistas. Con el tiempo, orquestaría la disponibilidad de cantidades adecuadas de personas, dotadas de la salud y la educación necesarias, para ser explotadas como trabajadores. Proporcionaría la infraestructura precisa para la producción capitalista, sin que, de hecho, los capitalistas tuvieran que producirla ellos mismos. Junto a estos elementos macroestructurales, crearía marcos institucionales acordes con el fin de asegurar que los trabajadores se comportaran de un modo que fortaleciera, en lugar de socavar, el régimen capitalista; todo ello para lograr que los capitalistas se nutrieran, y se sintieran compelidos simultáneamente a competir entre sí, y para que los Estados actuaran apoyando y expandiendo el capitalismo en el ámbito nacional e internacional. Una vez establecido todo ello, el programa aspiraría a propiciar una aceptación generalizada del régimen global manipulando la información con el fin de favorecer las soluciones promercantilistas a los problemas ulteriores del desarrollo, y organizando al mismo tiempo una ofensiva ideológica para persuadir a la población mundial de que no existe alternativa posible. A partir de ahí, concluiría que el sistema de mercado globalizado ofrece la única solución al problema de la pobreza mundial.

Dicho programa bien podría haberse desarrollado directamente a partir de los capítulos finales de *El Capital*, volumen I. Lo cierto es que lo he extraído de la sucesión de once Informes sobre el Desarrollo Mundial publicados por el Banco Mundial desde 1990. El primero de ellos, *Poverty* [Pobreza], abogaba por la creación de un proletariado global del que extraer trabajo de forma eficiente, y esbozaba un marco exhaustivo en cuyo seno podría acelerarse la proletarización⁴. El segundo, *Challenge of Development* [El desafío del desarrollo], propugnaba la expansión vertical

⁴ «En este Informe, la realidad pone de manifiesto que el progreso rápido y políticamente sostenible en relación a la pobreza se ha logrado siguiendo una estrategia que cuenta con dos elementos igualmente importantes. El primero consistía en potenciar el uso productivo del activo más abundante de la pobreza: el trabajo. Esto exige medidas a tal fin que aprovechen los incentivos del mercado, las instituciones sociales y políticas, la infraestructura y la tecnología. El segundo consiste en proporcionar servicios sociales básicos a los pobres. La atención primaria, la planificación familiar, la nutrición y la educación son especialmente importantes». Informe sobre el Desarrollo Mundial, 1990, *Poverty*, Nueva York, 1990, p. 3.

y horizontal de los mercados, y establecía una estrategia para los países en vías de desarrollo que asignaba al Estado un papel de sostén fundamental⁵. El Informe de 1992, *Development and the Environment* [Desarrollo y medioambiente], estaba dedicado a la necesidad de preservar la estructura ecológica global en la que se desenvuelve la expansión capitalistas. *Investing in Health* [Invertir en Salud], del siguiente año, proponía mecanismos propicios de cara al mercado que podrían proporcionar un proletariado puesto a punto para trabajar. En 1994, *Infrastructure for Development* [Infraestructura para el desarrollo] propugnaba extender el ámbito de la obtención de beneficios a la provisión de infraestructuras, e identificar modos de solventar cualquier deficiencia pendiente.

Habiendo abordado estos requisitos macroestructurales, el Banco dirigió entonces su atención hacia los marcos institucionales asociados. El Informe de 1995, *Workers in an Integrating World* [Trabajadores en un mundo integrado], atendía a las condiciones que podían facilitar la explotación ilimitada de los trabajadores por parte del capital en todo el planeta. Desestimaba la legislación sobre salarios mínimos en las economías de crecimiento medio y bajo con amplios sectores agrícolas e informales; proponía que la legislación sobre salud y seguridad debería ser gobernada por los principios del mercado y fijada en un nivel en el que «los costes fueran promediados en relación al valor que los trabajadores capacitados asignaran a la mejora de las condiciones de trabajo y a la reducción de los riesgos»; y estipulaba que las sanciones comerciales no fueran utilizadas para hacer cumplir incluso los derechos más básicos de los trabajadores. El Informe pasaba entonces a describir la forma ideal que debería tener la organización del trabajo: los sindicatos habían de afanarse en implicar a los trabajadores en actividades que mejoraran la eficacia y la productividad; no deberían actuar como «monopolistas» u oponerse a los programas de ajuste estructural y reforma. Los sindicatos eficaces, desde el punto de vista del Banco Mundial, eliminan la necesidad de la regulación y la intervención estatal a gran escala, y ayudan a que las empresas extraigan más plusvalor de los trabajadores; no distorsionan los mercados de trabajo, o protegen los empleos⁶.

⁵ «Una cuestión central para el desarrollo, y el tema principal del presente Informe, es la interacción entre los gobiernos y los mercados. No se trata de una cuestión de intervención *versus laissez-faire*, una dicotomía común, si bien falsa. Los mercados competitivos son hasta la fecha el mejor modo de organizar de modo eficaz la producción y distribución de mercancías y servicios. La competitividad nacional e internacional proporciona los incentivos necesarios para promover la iniciativa empresarial y el progreso tecnológico. No obstante, los mercados no pueden operar en el vacío, precisan de un marco legal y regulador que sólo los gobiernos pueden proporcionar. Y en muchas otras tareas, en ocasiones, los mercados resultan inadecuados o fracasan por completo. Éste es el motivo de que los gobiernos deban, por ejemplo, invertir en infraestructuras y proporcionar los servicios esenciales a los pobres. No es una cuestión de Estado o mercado: cada uno tiene un vasto e irremplazable papel». Informe sobre Desarrollo Mundial 1991, *The Challenge of Development*, Nueva York, 1991, p. 1.

⁶ «En muchos empleos, los trabajadores están mejor informados que los gestores acerca de cómo mejorar la productividad. Estarán más inclinados a compartir esta información si se

El Informe de 1996, *From Plan to Market* [De la Planificación al Mercado], estaba dedicado a los confusos países poscomunistas; tras una consideración acerca de las estrategias adecuadas para la «transición», presenta las instituciones de una economía de mercado. Mientras el Informe anterior se había dedicado a la necesidad de someter a los trabajadores a los mercados laborales competitivos, aquí el núcleo residía en crear un marco legal mediante la definición e implementación de derechos de propiedad que forzara a los capitalistas a competir. «La transición precisa de cambios que introduzcan la disciplina financiera e incrementen la entrada de nuevas compañías, la salida de aquellas que sean inviables, y la competitividad». Ambos, trabajadores y capitalistas, habían de someterse al rigor del mercado: el objetivo estratégico de la privatización era reorganizar la propiedad para que ésta respondiera a las necesidades del capital⁷.

El Informe de 1997, *The State in a Changing World* [El Estado en un mundo en transformación], volvía sobre el papel del Estado en el nuevo régimen capitalista internacional, procediendo a partir de una formulación que el Banco Mundial había propuesto al comienzo de la década⁸. No obstante, el énfasis residía ahora en la adopción y legitimación de este modelo, proporcionando el Informe simultáneamente una receta para lograr un Estado disciplinario y la retórica necesaria para vendérselo a la gente. Esbozaba una jerarquía de medidas según la cual, la disciplina macroeconómica sería garantizada mediante un férreo control central sobre las políticas aplicadas y el gasto, constreñido a su vez por medio de un banco central independiente, y reforzado aún más gracias a su subordinación respecto de organizaciones multilaterales tales como el FMI, la OMC y el propio Banco Mundial. El Informe explicaba a continuación cómo la disciplina había de expandirse por todo el sistema estableciendo contratos y competitividad interna en el seno de las provisiones pública directas, y subcontratando proveedores privados y no gubernamentales siempre que fuera posible. Dentro de este marco, asignaba un triple papel a las estrategias de «descentralización» y «participación»: éstas estaban destinadas a ejercer presión sobre el Estado en cuanto a la prestación ade-

sienten seguros a la hora de obtener beneficios de cualquier cambio resultante en la organización. La presencia de un agente que represente a los trabajadores, el sindicato, podría hacerles menos suspicaces ante la posibilidad de que cualquier información que revelen beneficie únicamente a la dirección. Si los sindicatos hacen partícipes a los trabajadores en actividades que mejoren la eficacia, el sindicalismo puede asociarse a una organización más productiva». Informe sobre el Desarrollo Mundial 1995, *Workers in an Integrating World*, Nueva York, 1995, pp. 74-80.

⁷ «Las leyes económicas en las economías de mercado tienen al menos cuatro funciones: definir y proteger los derechos de propiedad; establecer reglas para modificar dichos derechos; establecer reglas para la introducción y exclusión de actividades productivas; y promover la competitividad vigilando las estructuras y comportamientos del mercado y corrigiendo sus fracasos». Informe sobre el Desarrollo Mundial 1996, *From Plan to Market*, Nueva York, 1996, pp. 44-88.

⁸ Véase la nota 5: «los mercados [...] precisan de un marco legal y regulador que sólo los gobiernos pueden proporcionar».

cuada de servicios esenciales; a asegurar que el coste de dichos servicios fuera compartido con los propios «beneficiarios»; y a inducir a la gente a experimentar formas de actividad promercantil estrechamente controladas y cuidadosamente delimitadas como una fuente de poder propia: «El mensaje, aquí como en todas partes, es que acercar el gobierno a la gente sólo será eficaz si forma parte de una estrategia más amplia cuyo fin sea mejorar la capacidad institucional del Estado»⁹. El objetivo, en definitiva, era acercar el gobierno a la clase empresarial, y atrapar al resto de la población en la disciplina del mercado.

Ocultando la agencia humana

Una vez completado el programa estructural e institucional para la expansión y consolidación del capitalismo, los siguientes tres Informes han estado dedicados a la diseminación y legitimación del proyecto. El Informe de 1998-99, *Knowledge for Development* [Conocimiento para el desarrollo], proponía al propio Banco Mundial como recolector y diseminador global destinado a regir la inteligencia de los países en vías de desarrollo, y pregonaba su propio «sistema de gestión del conocimiento», lanzado en 1996, en la misma línea que otras iniciativas similares emprendidas por consultorías internacionales tales como Arthur Andersen, Erns & Young y Price Waterhouse. El Banco Mundial se ofrecía, entonces, como una fuerza especial de respuesta inmediata, capaz de proporcionar soluciones de mercado de encargo. Ajustándose a la franqueza con la que ha esbozado planes para implicar a los trabajadores en su propia alienación incrementando la tasa de extracción de plusvalor, y a los ciudadanos en proporcionar, a su costa, el apoyo en infraestructuras necesario para el capital, el Banco Mundial revelaba entonces las redes que había instaurado con el fin de extraer de los propios pobres el conocimiento local necesario para estimular la explotación y la acumulación¹⁰.

⁹ En este punto, el Informe revelaba momentáneamente el proceso de inversión implicado en presentar las necesidades del capital como si fueran avenidas hacia la libertad, y exponía el carácter fundamentalmente disciplinario de las estrategias de «participación» y «descentralización», alejándose, en la misma página, de la afirmación transparente de que «lograr que las sociedades acepten una redefinición de las responsabilidades del Estado será parte de la solución. Esto incluirá la selección estratégica de las acciones colectivas que los Estados tratarán de promocionar, emparejada con mayores esfuerzos para descargar al Estado, para implicar a los ciudadanos y a las comunidades en la prestación de bienes colectivos», hasta alcanzar el profundamente mistificador lenguaje de «la potenciación del propio poder de la gente [*empowerment*]: «hacer que el Estado sea más receptivo a las necesidades de la gente, acercar el gobierno a la gente mediante una participación y descentralización mayor». Informe sobre el Desarrollo Mundial 1997, *The State in a Changing World*, Nueva York, 1997, pp. 3 y III.

¹⁰ «Una iniciativa recientemente lanzada expandirá el sistema de gestión del conocimiento del Banco Mundial para incorporar el conocimiento local de países y sectores en los que éste desarrolla su actividad. Recogidas mediante entrevistas de campo, evaluaciones de la comunidad participante, y encuentros de grupo de discusión con ONG, este conocimiento

El siguiente paso fue el de caracterizar la estrategia de acelerar la proletarización y la expansión capitalista –perseguida no sólo por el Banco, el FMI y la OMC, sino por los gobiernos mundiales hegemónicos– como el resultado sin autoría de inexplicables fuerzas sobrenaturales. Al mismo tiempo, los modelos de organización y comportamiento destinados a insertar meras disciplinas capitalistas fueron representados como formas locales de potenciación del propio poder de la gente [*«empowerment»*] destinadas a gestionar el inevitable cambio. El Informe 1999-2000, *Entering the 21st Century* [Entrando en el siglo XXI] definía la «globalización» como una fuerza imparable que conduciría a los Estados y a los pueblos inexorablemente hacia el mercado mundial; y la «localización» como una presión desde abajo, que obligaría a los gobiernos a gestionar las consecuencias de la primera de acuerdo con las necesidades regionales¹¹. El proyecto de liberalización global se naturalizó; fue descrito como un «paisaje cambiante» cuyos contornos precisaban ser analizados si la cuestión era hallar un camino para salir adelante. Así, pues, con el proyecto de ampliación del mercado mundial situado más allá del alcance de la agencia humana, la postura política del Banco podría ser presentada como de un pragmatismo benigno e ideológicamente neutral: «el desarrollo debe superar el crecimiento económico para abarcar objetivos sociales importantes: reducir la pobreza, mejorar la calidad de vida, aumentar las oportunidades de desarrollo de la educación y la salud, etc.»¹². El Informe oculta la lógica y los límites específicos de las medidas propuestas, y el papel que la participación y la descentralización habían de jugar en las incrustadas disciplinas nacionales de la reproducción capitalista. La estabilidad macroeconómica fue presentada como la llave del crecimiento, que a su vez era el «ábrete, sésamo» del desarrollo beneficioso universal. Esto invirtió una línea de causalidad según la cual, en realidad, se priorizó la acumulación capitalista, las instituciones fueron acondicionadas de un modo acorde, y el carácter del desarrollo quedó circunscrito según las disciplinas del mercado. El efecto fue presentar un conjunto de medidas

es catalogado por país, región, sector y tema con el fin de ponerlo ampliamente a disposición de los interesados en otros lugares. Tomando en consideración y complementando las prácticas tradicionales en los países menos desarrollados, este enfoque debería poner el conocimiento a disposición de un número bastante mayor de pobres. También podría asegurar una aceptación mayor de las soluciones de desarrollo». Informe sobre el Desarrollo Mundial 1998-1999: *Knowledge for Development*, Nueva York, 1999, p. 140.

¹¹ Este informe contempla los cambios que se han puesto en marcha como contribuciones –y manifestaciones– de dos fenómenos: la globalización y la localización. La globalización, que refleja la integración progresiva de las economías mundiales, requiere que los gobiernos nacionales tiendan la mano a otros socios internacionales como el mejor medio para gestionar los cambios que afectan al comercio, a los flujos financieros, y al medio ambiente global. La localización, que refleja el creciente deseo de la gente de una voz mayor en su gobierno, se manifiesta en la afirmación de las identidades regionales. Empuja a los gobiernos nacionales a inclinarse hacia las regiones y las ciudades como el mejor modo de gestionar los cambios que afectan a las políticas nacionales y a los patrones de crecimiento, Informe sobre el Desarrollo 1999-2000: *Entering the 21st Century*, Nueva York, 2000, p.2.

¹² *Ibid.*, pp. iii, I.

infundidas con las exigencias de clase del capital como si estuvieran inspiradas por una benevolencia desinteresada. La acción intencional de los agentes humanos, inclinada hacia la implantación de la hegemonía de un modelo social particular de organización de la producción, fue presentada como si se tratara del resultado natural de fuerzas abstractas demasiado poderosas como para que la humanidad pudiera oponerles resistencia.

Así pues, en su Informe de 2000-2001, el Banco Mundial estuvo en condiciones de retomar su «misión principal» de *Atacar la pobreza* y ofrecer su programa de expansión capitalista mundial como el único medio para lograr dicho fin. Es preciso admitirlo, las expectativas no fueron muy elevadas: en lugar de abolir totalmente la pobreza, el primer objetivo fue simplemente reducir «a la mitad» la proporción de personas que viven en situación de «extrema pobreza», es decir, que vive con menos de un dólar diario¹³. Se ha sugerido que los ingredientes clave de la estrategia del Banco Mundial en este punto fueron el «*empowerment*», la seguridad y la oportunidad¹⁴. En un examen más minucioso, sin embargo, se podía comprobar que las auténticas prioridades reales consistían en «reducir el riesgo» de la inversión privada y lograr la expansión de los mercados internacionales¹⁵. Dentro de este marco macroeconómico, ha de permitirse a los pobres «participar» en el nivel local, e integrarse en sistemas del bienestar tan exiguos que «no pueden afrontar la competitividad»¹⁶.

Extendiendo el dominio de la pobreza

En 1990, el Banco Mundial estableció sus «prioridades para la intervención» sobre la cuestión de la pobreza. Los países industriales debían retirar las restricciones que pesaban sobre el comercio y reformar sus políticas macroeconómicas; junto a las agencias multilaterales, debían incrementar el apoyo financiero al desarrollo, apoyar las políticas de reforma en la mencionada línea, e incentivar el crecimiento sostenible. Los países en vías de desarrollo debían «invertir en la gente»; mejorar el clima empresarial; abrir sus economías al comercio y a la inversión; y «obtener el derecho a decidir sobre las medidas macroeconómicas». Dentro del conjunto de este pro-

¹³ Informe sobre el Desarrollo Mundial 2000-2001: *Attacking Poverty*, Nueva York, 2001, p. 6.

¹⁴ Robert Wade, «Enfrentamiento en el Banco Mundial», cit.

¹⁵ «La inversión y la innovación tecnológica son las fuerzas impulsoras principales del crecimiento de los empleos y las rentas del trabajo. Fomentar la inversión privada requiere reducir el riesgo de los inversores privados, mediante medidas de estabilidad presupuestaria y monetarias, regímenes de inversión estables, sistemas financieros sólidos, y un ambiente comercial claro y transparente... La inversión privada habrá de complementarse con la inversión pública con el fin de acrecentar la competitividad y crear nuevas oportunidades de mercado. Particularmente importante es la inversión pública complementaria a la hora de expandir la infraestructura y las comunicaciones y potenciar las aptitudes de la fuerza de trabajo», *Attacking Poverty*, cit., p. 8.

¹⁶ *Ibid.*, p. 11.

grama, el Banco Mundial apelaba, asimismo, a que no se restringiera el acceso de los países en vías de desarrollo a los mercados del G7; a una creciente financiación privilegiada destinada al desarrollo; al alivio de la deuda para los países con rentas medias y bajas; y a una acción común para preservar el medioambiente mundial. A cambio, exigía un programa de reforma nacional: los países en vías de desarrollo debían «gastar más y de modo más eficaz» en educación primaria, servicios básicos de salud, nutrición y planificación familiar; intervenir menos en el establecimiento de precios en la industria y la agricultura; desregular las restricciones sobre las exportaciones e importaciones; asegurar las infraestructuras e instituciones adecuadas; eliminar las restricciones sobre el comercio y las inversiones, reducir las tarifas aduaneras y alejarse de formas discrecionales de control comercial; e introducir incentivos basados en el mercado adecuados para el ahorro y la inversión con el fin de liberar recursos nacionales para el desarrollo financiero¹⁷.

El relato del conflicto interno en el Banco Mundial efectuado por Wade sugiere la existencia de una diferencia fundamental de perspectiva entre Joseph Stiglitz, entonces economista jefe encargado de los Informes sobre el Desarrollo Mundial, y Lawrence Summers, secretario del Tesoro de Estados Unidos. Desde el principio, no obstante, la ofensiva contra la pobreza, dotada de un papel de orgullo en la propaganda del Banco Mundial, ha tenido como premisa la adopción de medidas que extendieran el ámbito del mercado mundial y el alcance global del capitalismo. En estas circunstancias, resulta un error abordar los problemas tal y como son presentados según las categorías mistificadoras de los economistas burgueses. El marco analítico del marxismo clásico proporciona una interpretación más adecuada; bajo el disfraz de atacar la pobreza, el Banco Mundial está atacando a los pobres.

¹⁷ *Ibid.*, pp. 10-11. El Banco Mundial ha sido increíblemente exitoso en lo tocante a asegurar la adopción de este programa por parte de otras organizaciones internacionales y gobiernos de todo el mundo. En el caso de Gran Bretaña, por ejemplo, sucesivos *White Papers* para el desarrollo, producidos por el Departamento de Desarrollo Internacional (DFID) en 1997 y 2000 adoptan y promueven la agenda del Banco Mundial en todos y cada uno de sus aspectos.